



HOMENAJE A UN POETA MUERTO

David Perry

Luis Merino Reyes y Benjamín Morgado evocan su figura

EL POETA DAVID PERRY

Conocimos a David Perry hace unos treinta años, imaginándolo distante, por cierto. Se nos había hablado de su indiferencia por publicar libros, visto de afuera irreferente en algunos literatos. Perry, un hombre de tez roja y ojos azules, sereno en sus palabras que aparecen en las clásicas novelas inglesas, creía en el diálogo callejero, en la charla análoga de sobremesa, en el discurso asordinado entre amigos, más que en la retórica espectacular y sentenciosa. Cierta vez fue una charla en la Universidad de Chile, con el auspicio del Círculo de Amigos de la Cultura Árabe y su mujer, la escritora y maestra Celsa Torres, debía indicarle a cada momento que sabía el registro de su voz. Perry andaba normalmente sin sombrero y creía, como un devoto, en las fuerzas de la naturaleza y de su rey sin sacras: el sol. Cierta tarde de octubre, en plena Gran Avenida de Santiago, a Luis Durand y a Guillermo Koenigsmann, a caminar sin detenerse hacia las torres de la Radio Navia, ubicada entonces en la Quinta Normal de Agricultura —una travesía por Santiago poética— y a subir hasta sus cuépidos, a una altura de unos cien metros, por las angostas escalas metálicas. Durand miró hacia abajo, en mitad de la ascensión y presa del vértigo, descendió asustado. Durand era un hombre gordo, miope, que vestía pulcramente como un ordinado caballero francés, un señorial, extraviado en nuestra ciudad.

David Perry creía que el hombre se perfecciona con el tiempo. Que si al niño se le hacía contemplar jardines en lugar de metederos, con los años, no habría reclusas para adiestrarse en la guerra, ni tampoco instructores para esa

bestialidad colectiva. En su amor a la humanidad o mejor dicho, al buen espíritu del hombre, que el atache con niños, no hacía diferencias de posiciones políticas, ni de las barreras establecidas por la misma hostilidad de algunos hombres. En una sesión del Instituto Chileno Árabe de Cultura, le oímos proponer que se donara al general Francisco Franco, una bandera confeccionada con la seda de los grandes industriales árabes de Santiago. Es obvio advertir que los asistentes antifrancistas protestaron indignados; pero David Perry mantuvo su proposición imperturbable. El medio de locomoción del poeta era era, por supuesto, el automóvil; ni siquiera el autobús. Andaba a pie; en muy raras ocasiones con abrigo, nunca con sombrero, como ya hemos dicho. Alguien ovalino nos decía que su padre fue médico de Ovalle, todo un inglés, con el zombi de edad hacia la suya, también perseguido ineludible. Cierta mañana llegó David Perry a casa de Luis Durand, con la urgencia acalorada de la casa. El novelista no estaba y Perry fue atendido por la señora. Al poeta le urgía, en breve período, una corbata, por que debía concurrir a unos funerales y había salido de su casa con el cuello de la camisa desprovisto de ese hilo convencional. Andrés Sabella, otro personaje prodigioso, invitó a Perry y a Navegación Guzmán a una reunión ecotérica en que se arboría hechichos o cocaína, para entregarlos a los más bellos surfistas. Guzmán, vanguardista autor de *Los leoneses* escuros, exclamó al primer arbo: "¡Bah, esto para la ciudad!". Perry cerró los ojos y salió de viaje por sus campos oníricos. Sabella, hielante de aquel culto repentino, juntó las manos en actitud beatífica. Después se averiguó que unos malandrines —de esos que tanto abundan en la gran ciudad— habían vendido

alcanzan a fortalecer el precario pensamiento. Aparece, dentro de la fe progresista, hasta un ruidismo que a más de algún pensador crispó los pulpos. (Milagro de violencia obtenido frecuentemente por los ruidos de la paz y del bien). Pero esa visión de David Perry estaría mutilada desde su base. Resta el hombre cotidiano con su bondad a flor de piel, con la palabra afable y perdonadora siempre lista al labio; su preocupación por los ajenos ajenos más que por los propios, su actitud de celebrar otros méritos y triunfos como algo constante y natural, sin reparar que también podían existir los suyos.

Sigamos con rapeto esa "Oración a los ojos" del Nazareno en marcha; apretados al poeta en el arqueo junto de su cuerda brida, en su naturaleza asordada y apostólica. Escribe Perry: "¡Oh! divina virtud de los sentidos/ redes azules en que alma coge/ el mundo con sus trémulos latidos/ para guardarlos en misteriosa troje/ Ardid de los ojos, transparencia/ vibradora del aire, vuelo blanco/ de la mirada que en la evanescencia/ de las nubes aladas va posando/ Los ojos miran las graciosas formas/ de la vida y advierten asombrados/ a través de los seres y las normas/ la corangüedad de lo creado/ Infinito de las evanescencias/ claras y silenciosas, alboradas/ de un mundo ignoradas dimensiones/ la eternidad cantando en la mirada".

Un día de este año 1969, David Perry partió a su "mundo de ignoradas dimensiones". Nosotros ni sabíamos que estaba enfermo y la noticia de su muerte nos sorprendió lejos de Santiago, en sus solitarias tierras del Norte Chico. No sabemos qué impulso misterioso —para hablar creyendo en lo que él creía— nos hizo llegar una tarde a su Ovalle natal y comprometer un recuerdo suyo, la reconstitución de una parte de su singular personalidad, a través de una misiva desprovista de su pureza y de su rarísima bondad.

Luis Merino Reyes

DAVID PERRY

Su vida se apagó con la misma humildad con que había vivido: serena, tranquila, sin preferir jamás una palabra dura.

Tenía la dulzura de San Francisco de

Asia y el espíritu inquieto de un marino inglés.

Lo hicimos a dejar un día Martes, a medio punto, precisamente cuando el sol desde la alta ecúmba su ruyos vivificantes sobre la tierra otoñal. Era una extraña paradoja que aquel hombre que había vivido exclusivamente para hacer el bien, para restañar heridas, para dulcificar los corazones, volviera a la ocurrencia de la tierra en pleno día.

Su inteligencia y su caridad habían brillado de la misma manera que el sol sobre todos los rincones en que se necesitaba la ayuda espiritual, el trabajo desinteresado, la amistad clara. Ahora, de lazo de un sol abrasador se iba para siempre.

Habría sido miembro de todas las instituciones culturales, desde aquel inolvidable Ateneo de Santiago, la Incaicada Alianza de Intelectuales, hasta la Sociedad de Escritores, la Asociación Chilena de Escritores, la Unión de Escritores Americanos, la Sociedad Amigos del Arbol, el Centro Chileno-Nicaragüense de Cultura, la Sociedad Bolivariana, la Sociedad de Amigos de la Cultura Árabe y tantas otras corporaciones literarias. Y en todas ellas no fue un simple e ineficaz militante, sino un activo militante que trabajó sin descanso, como Director o como socio, después de irradial la luz de su inteligencia hacia todos los rincones.

De una humildad exagerada para sí mismo, siempre se propuso voluntariamente. Nunca nadie le escuchó hablar de sí mismo. Nadie sabía que era un egresado de la Escuela de Leyes de la Universidad de Chile. En cambio, siempre hablaba de la vida tranquila, de campo, de todos los bellos lugares de la patria, de la necesidad de que los escritores recibieran en vida los homenajes y no después de muertos y muy especialmente, se inspiraba recordando las incomparables bellezas de la provincia de Coquimbo.

Habría nacido en Ovalle el 14 de Abril de 1896. Su padre, llamado el "apóstol de la forestación" le inculcó el amor al árbol. El valle del Limari es una zona extraordinariamente fértil e invita a soñar bajo las enramadas. Y cuando hacia el sur o hacia el norte el desierto comienza a devorar la lozanía del paisaje, el viajero no deja de detenerse a pensar, como lo hizo Perry, en los quince que son el último grito de verdad.

David Perry [artículo] Luis Merino Reyes [y] Benjamín Morgado.

Libros y documentos

AUTORÍA

Merino Reyes, Luis, 1912-2011

FECHA DE PUBLICACIÓN

1969

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

David Perry [artículo] Luis Merino Reyes [y] Benjamín Morgado.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile